

---

UN GIRO INESPERADO

---

*¿Qué habría pasado si Wendy hubiera viajado  
a Nunca Jamás junto con el Capitán Garfio?*



# Todo recto hasta el amanecer

LIZ BRASWELL



# Todo recto hasta el amanecer

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS 

© 2021 Disney Enterprises, Inc.  
Todos los derechos reservados  
© de la traducción: Marta García Madera, 2021  
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Primera edición: marzo de 2021  
ISBN: 978-84-18335-37-2  
Depósito legal: B. 2.460-2021  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Londres

Sí, es una escena recreada tan a menudo que casi se ha convertido en una caricatura de un tema recurrente. Pero sigamos el proceso una vez más porque es necesario, incluso para esta historia.

Las nubes bajas no cubren el cielo, porque eso implicaría un estado acogedor y cómodo. No, esas nubes enmascaran el cielo, son una carga para él, lo ahogan. Se refuerzan por el humo de debajo, la emanación ascendente de cien mil chimeneas que decoran el paisaje como si fueran flores angulares y enfermizas. Los tejados de tejas de arcilla y pizarra parecen extenderse indefinidamente sin orden ni concierto en una versión industrial invertida de las montañas y los valles de los cuentos de hadas con dibujos alegres y mala perspectiva. Todo (absolutamente todo) es negro y de distintos tonos grisáceos. Un gran río gris se desliza a través de la ciudad como una serpiente cansada pero agradable, limitado por puentes mucho menos impresionantes de lo que implican sus nombres.

(¿No me crees? Busca *El puente de Londres* y mira las fotos. Menuda decepción.)

Por supuesto que está el Big Ben, el reloj gigante con manecillas igualmente enormes de cobre y bronce de cañón en las que han acabado un número increíble de personajes de ficción en algún momento. Sus campanas, junto a todas las campanas de iglesia de la ciudad, dan la hora de forma amenazadora con la implicación obviamente lúgubre del paso del tiempo, de la llegada de la muerte, de que la sopa se enfría.

En las calles adoquinadas bajo las torres y los tejados, el tiempo tiene algo de impacto y energía; la casi lluvia y el rocío de la mañana se combinan para formar una atmósfera húmeda, un ambiente punzante que hace que los hombres se envuelvan en sus abrigo, las niñas tapen a los niños a los que cuidan y las madres griten «¡Salid del jardín o pillaréis una pulmonía de muerte con esta niebla!». Y también hay muchos muchos paraguas. Hay tantos paraguas negros con los habituales armazones larguiruchos (que parecen insectos o esqueletos o algo por el estilo) que verlos pasar es casi desagradablemente aburrido.

Ya está.

Londres.

El fin de un siglo, el comienzo de otro.

¿Lo pillas?

Vale.

A medio camino entre donde acababan los paraguas y donde debería haber empezado el cielo, a unos seis metros por debajo de la chimenea más alta, había una ventana batiente en particular. Asomada a la ventana había una chica que llevaba un vestido azul claro pasado de moda. Tenía el pelo de un tono castaño popular y los ojos de un azul exquisitamente normal para aquel momento y lugar.

Al principio, Campanilla miró al cielo, pero era imposible dis-

tinguir alguna forma en las nubes, porque llenaban el cielo de un extremo al otro con la misma forma ininterrumpida. Así que bajó la vista. Pero el jardín sombrío de más abajo absorbía la humedad como una esponja mohosa; no había charcos, ni reflejos. El árbol estaba empapado.

Nada en aquel panorama imperturbablemente real era alterable ni siquiera por la imaginación más potente: no había ningún punto de apoyo firme para piratas, hadas, carruajes dorados, caballeros ni un mero atisbo de historias de capa y espada. Alguien desde la calle había lanzado una piel de plátano maduro por encima de la reja y allí se había quedado, fuera de lugar en el jardín inglés, dando fe de la banalidad del comercio mundial y del hecho de que no viniera acompañado de sultanes ni caballos mágicos, sino solo de plátanos.

Wendy suspiró y se alejó de la ventana. Las tardes eran lo más difícil.

Por las mañanas, todavía veía a su profesora particular y había tareas y ejercicios de escritura. Después del tentempié de las once, había un libro para culturizarse recomendado por el librero, el que tenía un sobrino guapo.

Para entonces, la señora Darling normalmente ya había ido a hacer visitas o estaba enfrascada de lleno en su correspondencia con su delicada pluma azul en su elegante secreter. La oscuridad no parecía afectarle nunca, aunque se quedaba en casa todo el día; siempre estaba ocupándose de alguna tarea despacio y con gracia: su cara; su aseo; su costura; su librito en el que llevaba la cuenta de los gastos de la casa; la despensa; su cocinera impredecible, Mary. Wendy veía a su madre hacer aquellos circuitos interminables encantada, pero aquella sensación estaba en aquel momento atenuada con confusión: ¿cómo podía alguien estar sereno y resplandeciente mientras se ocupaba de los mismos quehaceres dentro de casa, un día lluvioso sí y otro también?

Wendy todavía disfrutaba cuando la señora Darling la incluía en algunos de sus «rituales femeninos», que normalmente implicaban la aplicación correcta de polvos y cremas, consejos sobre cómo pintarse las uñas o ideas para mejorar un lazo viejo. Le encantaba cuando tenían suficiente dinero extra en casa para ir a tomar el té a Saxelbrees, las dos solas. Wendy admiraba a su madre sonriendo y riéndose bajo el sombrero tantas veces renovado y volvía a pensar que era la madre más bella del mundo. Se preguntaba cuándo alcanzaría ella aquella confianza, belleza delicada y modales perfectos.

Pero aquellos paseos no eran frecuentes. Y, de todas formas, incluso las cosas más atractivas perdían su glamur al compararlas con los encantos imaginarios del País de Nunca Jamás.

Wendy volvió a su secreter. Normalmente, intentaba resistir hasta el final del día, a modo de premio. Igual que la tarta ópera que se permitía su madre en secreto. La señora Darling sonreía muy feliz mientras masticaba. ¡A veces incluso se comía una antes de cenar si había sido un día especialmente agotador!

A menudo, cuando tenía la tentación de mirar en el cajón demasiado pronto, Wendy podía mitigar su deseo sacando un cuaderno diminuto que siempre llevaba consigo. Tenía un lápiz azul muy fino que encajaba a la perfección en el lomo, y estaba casi lleno de sus palabras claras y entusiastas. Las páginas, muy manoseadas, tenían títulos como *Peter Pan y los piratas y el zepelín inesperado* o *Peter Pan y Tigrilla contra los cíclopes del Mar Cerúleo*. Y había ilustrado *El Capitán Garfio aprende una lección a tiempo gracias a Peter Pan* con un pequeño dibujo de un reloj que había copiado con cuidado del de la repisa de la chimenea, que incluía también los ojos y los agujeros de la nariz de un feroz cocodrilo. Como pensaba que el resto del cuerpo no lo iba a poder dibujar con precisión, optó por sumergirlo.

Pero aquel día las palabras parecían crudas y desoladoras, y las líneas vacías de después, aún más sombrías.

Wendy no aguantaba más. No aquel día. No cuando todo era tan concretamente gris, horrible y desesperado.

Abrió el cajón de madera, que crujió, y sacó un bulto suave y negro azabache que estaba cuidadosamente doblado. Se movía como una telaraña, era más suave que la seda y sin los trozos pequeños y pegajosos que se pegaban a los dedos ásperos. Su contorno se deformaba con facilidad. Solo cuando lo extendió en el suelo por completo consiguió que la sombra adoptara su forma adecuada: la de Peter Pan.

Cuatro años atrás, Nana se la había arrancado al chico. Durante cuatro años, Wendy la había guardado con cuidado en el cajón de arriba, esperando que Peter volviera y la reclamara.

Michael y John fueron los primeros en rendirse.

Al principio, ellos se habían mostrado más rebosantes de alegría que ella al descubrirlo; en el caso de Michael, se puso a brincar, llorar y a dar saltos por las paredes. John se había subido sus ridículas gafas por la nariz y había intentado expresarse como los adultos diciendo cosas como «pruebas reales», «hechos irrefutables» y demás.

Pero...

Las semanas se convirtieron en meses. En un año. En cuatro años.

No había más pruebas, indicios ni señales de un visitante de Nunca Jamás. Y aunque los niños siguieran echando vistazos rápidos a la sombra, Michael enseguida empezó a comentar que era «un poco cutre» y «estaba un poco descolorida» y John murmuró con pesimismo que eran «manifestaciones de otro reino» y «fenómenos meteorológicos». De alguna forma, por extraño que parezca, se había convertido en una pieza más del cajón de sastre, un recuerdo del pasado o de un lugar solo ligeramente más exótico, como el espejito de mosaico que el señor Darling había comprado a un hombre que volvía a Cachemira, donde estaba su casa.



Pero todas las noches desde entonces, Wendy se había acostado ardiendo en deseos de Nunca Jamás. Esperaba, tal y como sugerían ciertos panfletos cuestionables, pero que estaban de moda, que si pensaba en lo que más deseaba antes de quedarse dormida, soñaría con ello. Conciliaba el sueño susurrando «Peter, tengo tu sombra... Peter...».

A menudo se levantaba con una sensación extraña y maravillosa, como si acabara de tocar los límites del País de Nunca Jamás (algo sobre lobos y frutos extraños y libertad), pero, luego, la olvidaba enseguida; la sensación nunca perduraba.

Wendy pasó el pulgar a lo largo del borde de la sombra y se estremeció. Si no tenía cuidado, empezaría a llorar.

¿En qué se había equivocado?

¿Qué era tan repulsivo en ella para que Peter Pan no volviera —ni siquiera para recuperar su propia sombra?

¿Hasta qué punto era inadecuada para que nadie del País de Nunca Jamás la hubiera buscado de nuevo?

Volvió a colocar el objeto en el cajón y lo cerró de golpe, aplastándose un nudillo en la boca para no llorar.

Faltaba poco para tener que preparar la merienda y no quería que su madre comentara que tenía ojeras ni manchas rojas y feas en las mejillas.

Por la tarde sus hermanos llegaban a casa; seguro que las cosas mejorarían.

—John, Michael —dijo Wendy con alivio, mientras el comportamiento y la exuberancia infantiles llenaban el silencio de la casa.

—Hola, hermana —dijo John, pasándole el sombrero mientras le daba un besito rápido en la mejilla con un aire vagamente sarcástico. Estaba destinado a una universidad de verdad algún día, quizá

incluso Oxford, y ya había empezado a mostrar la ironía y la insolencia necesarias para su estancia allí. Michael se quitó las botas de cualquier manera y lanzó el abrigo sobre una silla. Por supuesto, otras familias tenían criadas que se ocupaban de aquellas situaciones, pero, aparte de la falta general de fondos de los Darling, Wendy disfrutaba de la rutina.

O la disfrutaba antes.

Haciendo chasquidos sin pensar, Wendy recogió el abrigo de Michael, lo alisó y lo colgó de forma adecuada.

—Wendy, eres tonta al no seguir estudiando en la esfera de la educación pública —anunció John, que sonaba como si fuera otra persona.

—Y te lo pasas genial. —Refunfuñó Michael, con una mirada apasionada. Era un portador de sarcasmo menos sutil que su hermano mayor.

—Bueno, papá dijo que ninguna de las hijas de sus clientes iba. Y todas son chicas muy respetables. Y, de todas formas, tengo todo el tiempo y todos los libros que necesito —añadió sin emoción. Le había parecido correcto declinar cuando sus padres le habían ofrecido (con cierta reticencia) la opción de ir a una de las modernas escuelas públicas. ¿Por qué debía pasar tiempo enjaulada en una institución abarrotada y ser tratada como una niña cuando podía tener una profesora particular y pasar el rato en casa, soñando y manteniendo las cosas en orden como una persona adulta?

—Es una lata. No lo soporto. El colegio y sus estúpidas normas —gritó Michael—. «¡Si no te comes los guisantes, no hay postre!» Estúpida supervisora del comedor.

—Michael, estoy segura de que solo quieren que tu comida sea nutritiva y sana —dijo Wendy, sintiendo el cómodo papel de madre deslizándose sobre ella fácilmente con sus tonos dulces y sonrisas indulgentes, apartando la sensación de inseguridad que había tenido justo antes.

—¿Quedan galletas francesas? —preguntó Michael esperando—. ¿De esas que hiciste?

—¿Las que hicimos mamá y yo, quieres decir? Quizá. Sacaré unas cuantas y os serviré una buena taza de té mientras vais arriba y os bañáis. Después, si hay tiempo, os contaré un cuento antes de acostaros.

—Oh, Wendy y sus cuentos —dijo John con una sonrisa, sin poner los ojos en blanco del todo—. Tengo que leer demasiadas cosas. O sea, libros de verdad. De historia real. Además, Wendy Darling, creo que tus cuentos últimamente tienen un matiz un tanto freudiano. ¿No te habías dado cuenta? Siempre van de padres, hijos, madres ausentes...

—No tengo ni idea de lo que hablas, eso seguro —respondió con frialdad. Y, realmente, era cierto que no lo sabía. Pero el tono de su hermano había sido demasiado desagradable.

—¡Quiero tres terrones en el té! ¡Y leche! —gritó Michael sobre su hombro mientras salía de allí dando grandes pisotones.

—Oh —dijo Wendy, al recordar algo de repente—. Mamá se supone que volverá de la cena con la señora Cradgeapple pronto. Si os dais prisa, ¡quizá podáis darle las buenas noches antes de acostaros!

—Oh. Sí. Mamá —dijo John pensativo—. Hace siglos que no la veo. ¿Es esa señora alta? Más o menos me llega por aquí, ¿no? Me encantaría ver a la vieja cotorra.

—¡John! —exclamó Wendy, poniéndose las manos en las caderas.

—Hasta luego, hermana. Me voy a leer más psicología suiza. Ya conoces a estos suizos. No hay más que chocolate, relojes y subtexto.

John hizo una reverencia elaborada y fingió saludar con un sombrero que ya no llevaba puesto.

Después de que John se fuera, Nana, acurrucada cómodamente

en su retiro anticipado junto a la chimenea, miró a Wendy y le lanzó una mirada inquisitiva que solo un perro realmente inteligente podía lanzar.

—Sí, veo los restos de barro que han dejado en el suelo. —Suspiró Wendy—. Y no, no sé qué hacer con ellos. ¡Estos niños! ¡Crecen tan deprisa!

Vaya, qué idea tan interesante.

El País de Nunca Jamás estaba lleno de niños que nunca se hacían mayores, pero ¿y aquel niño que crecía demasiado deprisa? Literalmente. Como si rompiera la cáscara del huevo de bebé y alcanzara la altura de un hombre al final del día.

—Miraron el huevo con caras de expectación —murmuró, viendo cómo sonaba—. «¿Qué será?», preguntó Cubby. «¿Cómo quieres que lo sepa?», contestó Peter, riéndose. «Pero será algo grande. ¡Eso seguro!»

Sí. Le encantó. Sacó el cuadernito. Como sus hermanos ya no se interesaban por los cuentos de Wendy, los tenía que poner en algún sitio.

Y, quizá, algún día, alguien querría volver a escucharlos.

Michael volvió a bajar chorreando, pero no limpio del todo. Todavía tenía tiza en el cuello. Engulló el té y las madalenas y subió otra vez dando fuertes pisotones para jugar con sus soldaditos de plomo. John todavía no se había molestado en bajar, probablemente estaba atrapado por sus libros acerca de soldados de verdad con los que jugaban en las guerras de los reyes.

Wendy se sentó sola en la cocina, mirando el cuaderno y los platos de la merienda abandonados e intactos. Las madalenas eran el último grito y había sido maravilloso pasar la tarde haciéndolas con su madre, pero después del primer día, era como si se hubieran seca-

do y se hubieran quedado un poco insípidas. Cogió una y la mojó con indecisión en el té, que se le estaba enfriando. Después, mordisqueó el borde, que se había reblandecido. Mucho mejor. Sabía casi como un poco de luz del sol, como días cálidos, exóticos...

La mente le vagaba. De repente, vio un barco meciéndose en aguas tropicales y a sí misma en una playa. Era otro sueño del País de Nunca Jamás que estaba recordando. ¡Le había parecido muy real! Los marineros (piratas) cantaban y Garfio hacía una reverencia hasta la cintura, perfecto y galante, mientras John se había mostrado torpe y bobo. Bajo la luz del sol y al aire libre, el Capitán parecía mucho menos aterrador.

Pero quizá fuera por el lobo que Wendy tenía a su lado. Se había hecho amiga de él tiempo atrás y, en ese momento, gruñía y estaba dispuesto a matar por ella. Quizá por ese motivo Wendy fuera valiente.

—Es una lástima que no se pueda quedar... —decía el Capitán—. Ese bribón la ha abandonado totalmente en una vida deprimente y gris en la ciudad de Londres...

Ella había fruncido el ceño.

—No hable así de Peter Pan. Usted es pirata y obliga a la gente a caminar por el tablón y les quema los barcos.

—Sin embargo, nunca, ni siquiera en los tiempos más oscuros y espantosos, abandonaría a una dama como usted a un destino como ese. Realmente, él no tiene corazón, ni siquiera un corazón negro como el mío.

—No me ha abandonado. Me dejó su sombra —dijo Wendy, quizá con demasiado orgullo.

Garfio abrió los ojos como platos.

—¿Dice que... tiene... su sombra?

Wendy notó que le temblaba el labio un poco y detuvo el temblor. ¿Había cometido un error?

—Eso no es de su incumbencia. Y estoy bien, muchas gracias.

—Después de todos aquellos cuentos que contaba sobre él... todo aquel tiempo que dedicó usted a enriquecer su leyenda... ¿y la trata así? La dejó... e hizo que fuera la cuidadora de su sombra, nada menos...

La Wendy del sueño no lloró. No delante de un villano como Garfio.

La Wendy de la madalena sí que lo hizo.

Apoyó la cabeza en los brazos y lloró hasta quedarse dormida.

Unas horas más tarde, la despertaron los toques suaves y el perfume dulce de su madre que, de alguna manera, sin coger a Wendy que era casi adulta, consiguió que se le apoyara en los brazos y subiera al piso de arriba.

—¿Qué diablos le pasa? —refunfuñó el señor Darling—. Se ha quedado dormida a la mesa como una mera sirvienta.

—Chhhs —susurró la señora Darling. Hizo señas con la mano para que su marido cogiera el cuaderno que Wendy llevaba a todas partes.

—Mamá —murmuró Wendy, despertándose un poco—. Oh, mamá, estás muy bella.

—Gracias, cariño. Eres tan dulce...

La señora Darling la ayudó a quitarse el vestido y le arregló el pelo. Era más una aparición indefinida de pestañas y un peinado perfecto que una madre de carne y hueso. Wendy disfrutó de que la tratara como a una niña otra vez. Se acurrucó en la cama medio dormida y oyó hablar a sus padres.

—Hay que hacer algo con ella —susurró el señor Darling, moviendo el cuaderno para dar más énfasis—. Hay algo que no está bien con esta chica.

—Solo está un poco... triste. Necesita un proyecto —dijo la señora Darling—. Un chico. O quizá una obra de caridad.

—¿Cómo? ¿Y qué te parecería una obra de caridad Darling? —contestó, enfadado—. Los cortejos están muy bien, pero implican vestidos y sombreros y toda clase de historias caras. Eso había sido siempre la ventaja de Wendy... nunca quiso las cosas que tenían las otras chicas.

—No —dijo la señora Darling con un toque de tristeza—, siempre quiso... algo distinto.

Y Wendy soñó sueños rápidamente olvidados de lobos y mares lejanos.